

CALLE MERCED (Ex Calle de La Merced)

IBAN y venían dándose la vereda con graves y elocuentes inclinaciones de cuerpo o suscitando pequeñas querellas al volver de una esquina.

- Mi señor don Francisco, usted la tiene.
- No, loado conde... Vuesamerced la lleva.
- A las vegadas le suplico...
- Cuando se os ruega pasar adelante...
- Mi señor don Francisco, hacedlo al instante.

Y los dos magnates terminaban la cuestión de cortesía, después de mucho accionar, entrando a un mismo tiempo. Sólo en ciertos casos, cuando le acompañaba el garbo, en el paso de escote, apenas rozaban las capas; pero la precipitación o el excesivo tamaño de los señorones daban cuenta de sus cuerpozcos, las más de las veces con un estrellón.

Esta enjundia de los vecinos nacía del carácter mismo de la calle, encuadrada por recios portones y no menos macizos escudos de piedra, labrados en la canteras del Cerro Blanco, y que en el frontispicio tenían seguro aire de eternidad.

No cabrían en el largo más de tres cuabras, de ciento cincuenta varas castellanas cada una, desde la Plaza Mayor hasta la cuesta del Santa Lucía llamada el Alto del Puerto, y, sin embargo, toda el alma engolillada de la vieja España palpitaba en esa hilera de casonas por cuyos postigos se asomaban pelucas de frente de hierro.

En la esquina noroeste, atravesada con el templo de la Merced, frente a la plazuela de ordenanza mística, alzaba su casa de "cadena " el Corregidor don Luis Manuel Zañartu. Alto paredón frontal, mirillas de fortaleza en vez de ventanas, portón tachonado de estrellas, cerrado con mudo ceño, y en el escudo el casco de guerra de los caballeros de Oñate.

La vara de mando del Corregidor había impuesto en la calle la observancia de un tránsito de convento. Sobre su alma caía el desamparo de una viudez sombría, y sus dos hijas se preparaban para recluirse en el convento que el mismo fundara en la Cañadilla. Los vendedores pasaban sólo en las primeras horas de la mañana y que otro al atardecer; en la calle no había más ruidos que los chichisbeos en las rejas, las zalemas de cortesía entre los nobles, el grito de "paró calesa" de los negros y el canto patético de los serenos.

La casa del Corregidor dejaba entrever, sin embargo, la visión morisca del patio principal, con la pila que éste construyera en su arrogante mocedad para mostrar en el artificio del juego de agua la suntuosidad del adorno, propio de las mansiones del Rey.

Cada esquina se apuntalaban con la piedra de una casa grande: la del sudoeste con San Antonio pertenecía a doña Francisca de Borja de la Carrera y Ureta. Su padre don José Miguel de la Carrera y Elgueta, había pasado la vida acumulando caudales en la hacienda

de Limarí, para hacer vida de gran señor a las orillas del Mapocho. Doña Francisca era hermana de don Ignacio de la Carrera, padre de los tres soldados de la Patria Vieja, y se casó con un devoto caballero peruano, don Domingo de Valdés y González, regidor y alcalde de Santiago en 1743; fundador, veinte años más tarde, del mayorazgo de Santa Cruz.

Doña Francisca tuvo una hija, llamada Nicolasa, que se casó con don Mateo de Toro y Zambrano, antes que fuera Conde de la Conquista.

En los primeros tiempos, don Mateo se avino con su suegra, pero, el mejor de los días, enredóse misiá Nicolasa en una de dimes y diretes con la vieja "mama" que la crió, por lo que hubo de apartar casa, pues doña Francisca de Borja no cedió en la rebujiña, metiendo cucharón y cucharilla en defensa de la "mama", hasta terminar por ponerle a su hija "las peras a cuatro". Don Mateo, que por primera vez veía horripilante la lengua de bronce del golpeador, salió en busca de solar, y para no ser menos que su suegra, en la cuadra vecina a la plaza, compró en veinte mil pesos el de la viuda del capitán Juan de los Ríos y Terán, fincando allí la casona que años después iba a ostentar, en el color sangre de sus paredes, el más caro emblema de los próceres de la Patria Vieja.

La ilustre prosapia de la mansión de don Mateo no desmerecía en nada al de sus vecinas de la acera de la sombra, que era donde habían levantado sus solares los mayorazgos y cruzados, como un derecho no consignado aún en la heráldica de Indias.

En los portales de la Plaza estaban los herederos de don Francisco de Tagle y Bracho, hermano menor del primer marqués de Torre Tagle, que vino del Perú a establecerse en Santiago, habilitado por éste con la suma de 113.000 pesos; venían después los Prado, descendientes del maestro de campo don José Miguel y de doña María del Rosario Jara Quemada. En la esquina con San Antonio estaba la casona, de pilar de piedra y balcón volado, de don Juan Alcalde, primer Conde de Quinta Alegre, y al oriente dábanle cantonada don Martín José de Larraín, el fundador de la familia de los "Ochocientos", y su sobrino don Santiago, caballero de la Orden de su nombre. Tantos fueros de nobleza prestaban a la calle un ceño de ranciedad que el mestizaje miraba con guarda y respeto, y decían, para su capote, de todo señorcete o mulato acaballado, con humos de haberse tragado una lanza, que venía de la calle " de los Condes y Cruzados", de donde nació el nombre de la vía. Pero nunca se ha visto que las vanidades humanas suplanten la eternidad de las órdenes de religión, muchas de ellas tan beneméritas a la Iglesia como protegidas por los monarcas. Entre éstas venían los mercedarios siguiendo las banderas de los conquistadores y procurando atraer a los indios al yugo suave de la ley divina. Los padres de la Orden fray Antonio Correa y fray Antonio Rondón se hallaban en Lima cuando Diego de Almagro organizó su expedición para invadir el territorio chileno y se incorporaron en ella, como capellanes, a correr los azares del desgraciado conquistador.

Los mercedarios comenzaron a levantar casa el 10 de agosto de 1566 en los solares donados por el Cabildo, y con buena fortuna, pues uno de los sucesores de Valdivia, don Rodrigo de Quiroga, les construyó a sus expensas la iglesia del convento, que fue una de

las más suntuosas que existieron en la ciudad, por la munificencia de su costo, que pasó de 15.000 pesos.

Mal parada quedó con el terremoto del 13 de mayo de 1647, pero se salvó la capilla mayor, donde causó asombro encontrar a San Pedro Nolasco vuelto en su nicho hacia Nuestra Señora, como pidiéndole amparo para sus hijos.

La nueva iglesia fue construida por el arquitecto Toesca en las postrimerías del siglo XVIII; la apuntaló con rudos contrafuertes en la calle lateral, y en el ángulo mismo con las Claras levantó esbelto el minarete cristiano que llamaría a la oración.

La calle de los Condes y Cruzados estaba obligada a contemplar como fondo el murallón legendario de su templo, y a medida que fueron desapareciendo con la muerte sus arrogantes vecinos, quedó libre y eterno el de su tradicional religión de la Merced. Sin embargo, siempre conservó esa calle una aureola de sus hombres de cruces y veneras, y la historia recuerda el jubiloso día en que la casa de don Mateo de Toro y Zambrano fue punto de reunión de más de cien vecinos conspicuos para tratar sobre quiénes debían ser los vocales de la Junta revolucionaria.

Estaba ahora la gloria en la acera del sol. El primer galón de la cruzada de 1810 se remachó, cuatro años más tarde, en el portón de doña Mariana Toro de Gamero, clavándose una corona de oro por orden del Gobierno republicano, en honor de la dama que hizo uno de los sacrificios más heroicos al dar sus dos hijos a la Independencia de la Patria. No muy lejos de esta casona, en la que cierra la calle al oriente, pasada la plazoleta, se escondía modesta con su drama la casa que habitó doña Agueda Monasterio de Latapiat. Esta dama fue una de las emisarias que, con Manuel Rodríguez, compartieron el terror de los días tenebrosos de San Bruno, llevando despachos al Ejército Libertador. Doña Agueda murió agobiada por los castigos que los talaveras le infligieron por haberse tragado una carta de San Martín, y su terrible capitán le hizo abrir el estómago, después de muerta, para extraer la correspondencia.

La primera casa que visitó San Martín al entrar en Santiago, después de la victoria de Chacabuco, fue la de Doña Agueda, con el fin de llevar su palabra de consuelo y de fe a sus dos hijos huérfanos, don Francisco don Bruno.

Años más tarde, esos dos hijos vengaban a su heroica madre, el primero en Valdivia y el segundo en el Callao, muriendo éste el 18 de septiembre de 1821.

Por fin llegaban días de bonanza y de meditación en que la vía se unió con el pasado y se prolongó hacia el porvenir, camino hacia el oriente, y las atravesadas de los Tres Montes, la de Mesías, hasta los Tajamares.

La calle olía a tufillo que salía del ancho patio de la Casa Colorada durante el asoleo de los charquis, cueros y frutas de la hacienda de Alhué. La españolería y el criollismo les daban un carácter peculiar a los zaguanes y balcones volados de las casas. Cuando no se asomaba por la reja el rostro pálido y curioso de una damita con algo de infanta de

España, venían los olores perfumados de los jardines o el olor de la yerba del país que más de un boticario secaba en la resolana del corredor.

Se pueden contemplar aún dos entidades del carácter social y religioso de la vieja calle de los mayorazgos: la Casa Colorada y el templo de los Mercedarios. La primera, al desafiar a los tiempos con el rojo revoque de sus paredes, afirma la inmortalidad de las conquistas castellanas que la hicieron después el baluarte de la emancipación de sus hijos; y la segunda, el atestiguar la eternidad de su Orden, al convertir en basilica el humilde templo colonial que fundara el capellán de Valdivia para gloria y prosapia de la calle de la Merced.

Fuente:

Libro "Santiago Calles Viejas" de Sady Zañartu